

—¡Tendrá que reexpedirse como equipaje!
Alicia no pudo descubrir quién iba al lado del escarabajo, pero una voz ronca habló y dijo:

—¡Cambio de máquina!...

Y como si se sofocara tuvo que interrumpirse.

—Parece una hiena — pensó Alicia, y entonces una voz muy delgada murmuró a su oído:

—Se podría hacer un chiste con «hiena» y «llena», ¿no lo sabes?

Otra voz más dulce, un poco más distante, dijo:

—¡Debe ponerse un letrero que diga: «Manéjese con cuidado»!

Luego de ésta, otras voces continuaron gritando.

—¡Pero cuánta gente hay en este coche! — se dijo Alicia.

—¡Debe mandársela por correo!... ¡Por telégrafo!... ¡Como un mensaje!... ¡Que conduzca el tren ella misma!... — y así por el estilo. Pero el caballero de blanco inclinóse hacia ella y le dijo al oído:

—No hagas caso de lo que te digan, querida. Lo que debes hacer es tomar un billete de vuelta cada vez que el tren pare.

—¡No lo haré! — gritó Alicia impaciente —. ¡Yo, nada tengo que ver con este viaje! ¡Ahora mismo me hallaba en el bosque. ¿Podría volver allá?

La voz fina otra vez murmuró a su oído:

—Aquí podrías hacer otro chiste: Quisiera si pudiera.

—¡No me molestes más! — replicó Alicia, al tiempo que se esforzaba en descubrir de dónde procedía aquella voz —. Si tantas ganas tienes de hacer chistes, ¿por qué no te los haces tú misma?

La voz fina emitió un profundo suspiro. Evidentemente sentíase muy infeliz, y Alicia le hubiera dirigido algunas palabras de consuelo si al menos hubiese suspirado como las otras personas. Pero fué un suspiro tan

prodigiosamente débil, que no producirse casi en el hueco, pero tuvo la virtud de inclinar la cabeza del propietario de la voz fina hacia el minúsculo insecto.

—Presiento que eres mi amiga — pensó Alicia —. Buena amiga! ¡Una vieja amiga! Y tú seas un insecto.

—¿Qué clase de insecto?

En realidad lo que ella deseaba era saber de un insecto de los que piden permiso para preguntar.

—¡Cómo! ¿No eres mi amiga? — se dijo Alicia —. Pronto fué ahogada por un ruido como el de una comotora que hizo levantar a los pasajeros muy alarmados.

El caballo, no una hiena, se acercó a Alicia, que había asomado la cabeza, y la entró y dijo con mucha calma:

—Se trata tan sólo de un caballo.

Al parecer todos se tranquilizaron, pero la niña se puso algo nerviosa, como si un tren saltara los arroyos.

—Menos mal — pensó Alicia —. Ahora irá al cuarto espacio.

En seguida advirtió que ella misma se había asustado, y al verlo el susto la hizo agarrarse a lo primero que encontró fue

* * *
* * *
* * *

Pero, al tocarlas, las barbas entre sus manos, y se encontr